



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

25 de julio de 1891

Núm. 195



FELIPE IV

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

HABLABA el otro día, entre una porción de cosas, de lo recargado de nuestro plan de segunda enseñanza; pero casi me arrepiento de lo dicho desde que acabo de enterarme de lo que tienen que aprender las pobres alumnas del Liceo Fenelon de París. Lean Vds., señoritas, y horrorícense:

1.º Historia de la lengua francesa y gramática histórica. 2.º Traducción en francés moderno de los textos franceses de la edad media y del siglo XVI. 3.º Reglas de la composición y de la versificación. 4.º Historia de las literaturas griega y latina. 5.º Elementos de derecho de gentes, de derecho consuetudinario, de derecho político, de constituciones de los Estados. 6.º Moral, según Epicuro, Kant, etc., etc. 7.º Historia de todos los pueblos desde los tiempos prehistóricos. 8.º Astronomía. 9.º Geometría. 10.º Física. 11.º Química. 12.º Botánica. 13.º Geología. 14.º Fisiología animal y vegetal. 15.º Higiene. 16.º Nociones de arquitectura y de economía política. 17.º Dibujo. 18.º Historia del arte. 19.º Música vocal. 20.º Gimnástica. 21.º Labores. 22.º Corte.

¡Hay para hacerle morir de envidia al más *reformador* de nuestros directores de Instrucción Pública! ¡Qué *poligrafas*! Pero, hablando en serio, ¿no tiene razón acaso el doctor Rochard al calificar ese programa de «el desafío más insensato á que la pedagogía haya retado jamás á la higiene y al buen sentido?»

Y, sin embargo, *por ahí se va*. Como que en España no se hace más que traducirlo todo del francés, desde nuestros Napoleones codificadores hasta los musicastros que enjaretan la *Belle Bourbonnaise* en sus mamarrachadas cómico-lírico-bailables. Para España no existen Alemania, Inglaterra, Austria, Suecia, Bélgica ni Italia. Estamos, como ilustración, al nivel de Grecia y Portugal.

¡Qué manera de echar á perder las inteligencias! Recuerdo que mi amigo D. Cosme Sanguijuelas me contaba un día que, enojado su catedrático de anatomía por no sé qué cosa, apostrofó á sus alumnos gritándoles: «—¡Fetos echados á perder!» (!!) Puede que tuviese razón el catedrático; pero ¿quién echa á perder á los fetos sino ese sistema de enseñanza que tenemos? Es lo que decía *aquél* del otro: «—Es un tonto echado á perder por el estudio.»

Digo todo esto solamente como protesta, no porque crea yo que tenga cura nuestro mal. La gran masa pudiente del país, constituida por gente advenediza y sin instrucción, queda pasmada al ver cuántas y cuántas cosas aprenderán sus hijas en el colegio. Es-



La golondrina y la abeja

pecialmente los padres sienten un gozo indefinible cuando descubren que sus pimpollos hablan del Belutchistán y de la hipotenusa, por más que, generalmente hablando, no sepan si para ir al Belutchistán se debe pasar por Londres ó por dónde.

En fin, que hay muchas cosas que no sirven, que estorban, que perjudican, que necesitan ser derribadas; pero antes caerán la pirámide de Cheops y la cúpula de San Pedro que la rutina y la farsa.

Ayuntamiento de Madrid

Sobran libros, sobran asignaturas, sobran escuelas, sobran universidades, y falta *educación*, falta *enseñanza*, falta *ciencia*.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

UN POCO DE FÍSICA

CUNEUS, discípulo de Muschenbroch, célebre físico del pasado siglo, trató cierto día de electrizar el agua contenida en una botella de ancho gollete. Con tal objeto cogió la botella con una mano después de introducir en el líquido una varilla metálica suspendida del conductor de una máquina eléctrica, y cuando juzgó que el agua estaba convenientemente cargada de electricidad quiso, sin dejar de sostener la botella con una mano, quitar con la otra el alambre puesto en contacto con el conductor. Al punto sintió una conmoción cuya violencia le sorprendió en alto grado. El maestro repitió el experimento de su discípulo; pero la sacudida que experimentó en brazos, hombros y pecho fué tal que le dejó sin aliento, causándole un espanto rayano á la consternación. De ahí que al dar cuenta de aquel hecho, completamente nuevo entre los fenómenos eléctricos, á un amigo suyo, le dijera «que no volvería á repetir la prueba aun cuando le dieran el mismo reino de Francia.» Pero si Muschenbroch se batió en retirada al conocer el resultado del invento de su discípulo, otros físicos menos tímidos que él repitieron los experimentos de varios modos, y la ciencia produjo un nuevo aparato eléctrico designado con el nombre de la *botella de Leyden*, llamada así por haber sido Leyden la primera ciudad donde se hizo el experimento.

Para cargar la *botella de Leyden* se la suspende por su vástago del conductor de una máquina eléctrica, cuidando de establecer con una cadenilla de metal la comunicación entre el cuello y su armadura exterior. También se la puede coger simplemente por su armadura exterior, acercando el conductor de la máquina al botón del vástago.

Cargada ya la botella, si se unen las dos armaduras exterior é interior por medio de un conductor cualquiera, resultará una descarga acompañada de chispa y de explosión. Teniendo, por ejemplo, el aparato un [una mano y acercando la otra al botón, se efectuará la descarga por el intermedio de los brazos y del cuerpo y se sentirá la conmoción que tanto asustó á los primeros experimentadores.

Si muchas personas se cogen de la mano formando cadena, y la primera toma la botella, presentando el vástago á la última, tan luego como se establezca el contacto, todas ellas sentirán á la vez en los miembros la misma

conmoción. Nollet hizo esta prueba en presencia de Luis XV. Trescientos guardias franceses formaron la cadena, y recibieron simultáneamente la sacudida producida por la descarga instantánea de la botella de Leyden.

Compónese el aparato de dos cuerpos conductores, consistentes en las dos guarniciones metálicas interior y exterior, y de un cuerpo aislado que las



El cuervo y el halcón

separa. La botella es de vidrio. Cuando se suspende el gancho del conductor electrizado de una máquina, la electricidad de éste se distribuye por toda la superficie de la armadura interior, que se encuentra así cargada de electricidad positiva. Esta electricidad descompone, por influencia, la neutra de la armadura exterior, atrae á la superficie del vidrio la electricidad negativa, y repele al suelo la positiva por intermedio del cuerpo del experimentador ó de la cadena metálica.

De este modo se encuentra en presencia de dos cargas de electricidad con-

trarias, que no pueden combinarse á causa de la interposición de la placa aisladora del vidrio. Si se facilita la reunión de ambas electricidades mediante un conductor cualquiera, se efectuará su combinación con explosión y chispas.

Hasta aquí no parece necesario recurrir á otra explicación, aparte de que la procedente es la que da cuenta de los fenómenos de la electricidad por influencia; pero vamos á ver que en realidad es insuficiente.

Ante todo, el tamaño de la chispa y la violencia de las conmociones son ya indicios de una tensión eléctrica de energía desusada. La acumulación de las dos electricidades en tan gran cantidad no parece ya en relación con las escasas dimensiones de los conductores que componen el aparato. Véase ahora otro hecho que conviene explicar: cuando se ha descargado una botella de Leyden y se la deja á un lado algún tiempo, se la vuelve á encontrar cargada sin haberla puesto de nuevo en comunicación con algún manantial de electricidad. Se puede sacar otra chispa, aunque menos fuerte que la primera; luego otra y otra, y así sucesivamente. Esto es lo que se llaman *descargas secundarias* y *chispas de residuos* ó *cargas residuas*; de lo cual resulta evidente que en la botella de Leyden se puede acumular mayor cantidad de fluido que en simples conductores aislados, por cuya razón se le da el nombre de *condensador*; nombre que se aplica también á todos los aparatos análogos.

A. OZORES



UN DÍA DE NOVILLOS

(Á MI QUERIDO AMIGO ALBERTO CASAÑAL)

ERA una mañana de enero. Hacía un día primaveral. Los árboles, vestidos de escarcha, parecían revivir y querer extender sus ramas al contacto de los benéficos rayos del sol, que, sin celaje ninguno, parecía alumbrar un día de mayo.

En la plaza principal de una villa de Vizcaya, cuyo nombre no hace al caso

hallábanse unos diez chicos gesticulando y hablando con gran calor, como si algo anómalo ó desacostumbrado les ocurriese. La cosa no era para menos: su profesor les hacía ir á clase la víspera de la fiesta del pueblo, cosa que nunca se había visto.

Uno de ellos sacó una petaca, repartió un pitillo y, encendiendo uno, les dirigió un discurso en estos ó parecidos términos:

—Compañeros: el que tenga la humorada de entrar hoy á clase queda para siempre destituido de nuestros juegos y de nuestra amistad. Así es que, si hay alguno que quiera ir, que lo diga y sabremos á qué atenernos. Conque ¿vais á ir á clase?

—¡No! ¡No!—fué la contestación unánime de sus camaradas.

—Está bien: veo que sois buenos chicos. ¡Vengan esas manos!—Y, diciendo y haciendo, estrechó con fuerza las manos de todos sus compañeros.

—Basta de efusiones. Si hay alguno que tenga algo que emitir que lo diga, para ponerlo en práctica inmediatamente. ¡Anda! Tú, Eduardo, que eres el más decidor de todos, dinos qué quieres que hagamos.

—Pues me parece,—dijo Eduardo,—que lo que debemos hacer es reunir entre todos el dinero que llevamos, y compramos unas sardinas y otros efectos y hacemos un almuerzo opíparo.

—Y ¿dónde vamos á hacer el almuerzo?—dijo otro.

—Pues lugar más á propósito que el soto dificulto que se encuentre,—contestó Eduardo.

—¡Al soto! ¡Al soto!—contestó la alegre tropa. Y, saltando, riendo y alborotando, tomaron el camino del soto.

—Y ¿qué vamos á hacer después de almorzar?—dijo uno de ellos.

—Ya encontraremos modo de divertirnos,—contestó otro.

Llegaron al término del camino, y después de haber almorzado, corrido y jugado por una semana, Eduardo, que era el más travieso de todos, les dijo:

—Una idea se me ha ocurrido, y si queréis la efectuaremos inmediatamente.

—¡Que se vea! ¡Que se vea!—contestaron los otros.

—Primeramente vamos á reunir entre todos un real, que me daréis por mi trompo, que sabéis que es el que mejor baila y el más esbelto de clase, ó, si no, á las pruebas me remito.

—Bueno: sigue, sigue,—dijeron los otros.

—¿Estáis conformes? ¿Sí?—dijo Eduardo.—Pues entonces añadiré que el que pase los murallones tendrá como premio el trompo.

—¡A los murallones! ¡A los murallones!—contestó la infantil turba.

Los murallones eran restos carcomidos, ruinosos, llenos de grietas, por donde salían yerbas y flores silvestres, de un puente griego, y que debía tener por lo menos tantos años como el río, pues era de una época anterior á los fenicios, y cuyo paso era sumamente peligroso, especialmente para niños atolondrados y sin experiencia como eran los de nuestro relato.



Ayuntamiento de Madrid

UN WIKIN



RETRATO DE NIÑO Madrid

Llegaron á los murallones, y á su vista los más valerosos se pusieron pálidos. Así es que todos dijeron que ni por un trompo, ni por dos, ni por todos los habidos y por haber, pasarían ellos los murallones.

—¡Sois unos cobardes!—dijo Eduardo.—Yo pasaré.

Era un chico, Eduardo, desmedrado, flacucho, de cabellos rubios como madejas de oro, cara rosada y blanca, y el más ligero de la clase. Así es que su determinación fué saludada con vítores y bravos por sus compañeros. Llegó á lo alto de los murallones, miró con sonrisa burlona á sus compañeros, y con paso firme y resuelto llegó hasta una especie de descansó ó meseta, donde veía á sus amigos contemplándole con asombro y suspensión. Desde aquella meseta empezaba la bajada, que era lo más peligroso, pues no había para apoyar el pie más que como cosa de un palmo de murallón, lleno de yerbas, honduras y charcos que hacían en extremo peligroso el sendero. El chico, á medida que avanzaba, iba perdiendo el color, y, temblando de las piernas, se detuvo jadeante.

—¡Anda, no temas, que ya estás al fin!—gritaron los otros.

El chico, reanimado con los gritos de sus compañeros, continuó, y al llegar á una altura muy elevada se tambaleó, le acometió el vértigo, y, ofuscándosele la vista, dió un grito profundo y cayó, quedando enganchado en un pico del derruido puente.

Sus compañeros, que veían esto, horrorizados y pálidos como unos muertos, al ver á su compañero echáronse á llorar, sin ver que con eso hacían sufrir á su pobre camarada un suplicio comparable solamente al de Tántalo.

Uno de ellos, comprendiendo esto, les dijo:

—Dejémonos de lloriqueos y vamos á pedir auxilio por ahí.

Y rara coincidencia: al primero que encontraron fué á su profesor, que, enterado del suceso, llamó á unos hombres, y con ayuda de escalas y cuerdas consiguieron sacar al niño, medio asfixiado, del lugar donde estaba.

Los niños, más repuestos, cayeron de rodillas á los pies de su profesor pidiendo que les castigase, pues hartó lo merecían.

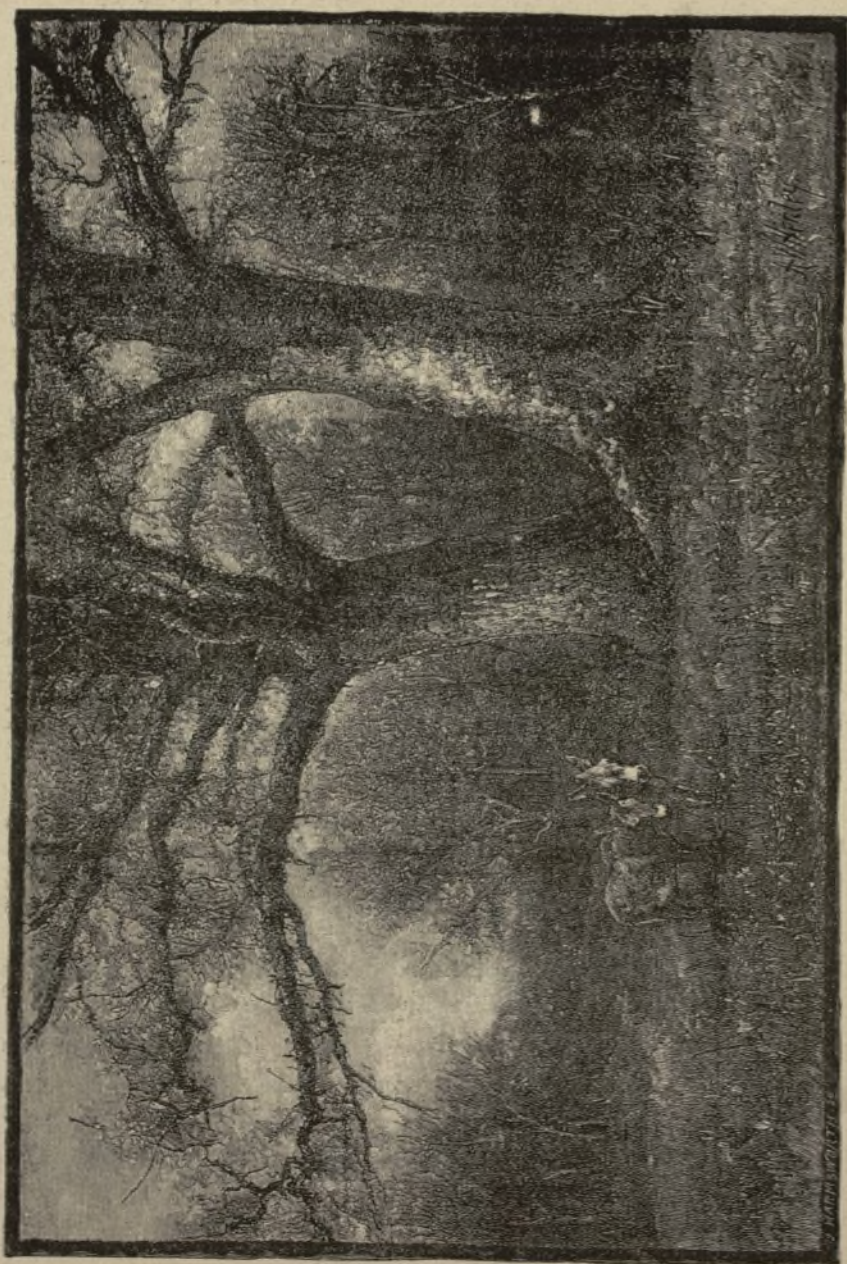
—Harto castigados quedáis,—contestó el digno profesor,—con la aventura de vuestro amiguito; pero si otra vez vuelve á suceder no esperéis perdón ni mío ni de vuestros padres.

Por último os diré, camaradas, que Eduardo estuvo en cama cerca de tres meses, y cuando sanó y volvió á clase, él y sus compañeros fueron un modelo de estudiantes por lo aplicados, juiciosos y buenos.

SANTIAGO OTERO



Ayuntamiento de Madrid



El bosque

NUESTROS GRABADOS

FELIPE IV

Fué este rey un monarca de los peores entre los pésimos. Tuvo la fortuna

de que en su tiempo pintaran Velázquez y Murillo y escribieran Quevedo, Calderón y Tirso. Nada más.

LA GOLONDRINA Y LA ABEJA

Una golondrina cazó una abeja, y la tenía sujeta en el pico para llevársela á sus hijuelos como regalado manjar; pero hé ahí que pasan unos cazadores, apuntan, disparan, matan á la golondrina y la abeja queda libertada, con lo cual el opresor quedó trocado en oprimido.

EL CUERVO Y EL HALCÓN

Un cuervo, muy disgustado de su plumaje negro, fué á un pintor y le dijo se sirviera pintarle de papagayo, pagando, por supuesto. Hízolo así el hijo de Apeles, y, una vez hecho un polícromo, fué muy satisfecho el avechuchu, que encontrándose por el camino, á medio kilómetro sobre el suelo, con un halcón, hubo de preguntarle:

—¡Hola! ¿Qué te parece, amigo?

—¡Un adefesio! ¡Una chafarrinada!—contestó el neblí.

UN WIKIN

Los wikins, ó giukings, eran hijos del rey Giuki, que con su esposa Grimhilda vivían á orillas del caudaloso Rhin. Dichos hijos eran tres varones y una hembra, llamada ésta Gudrun, hermosa como el sol. Los padres de Gudrun, valiéndose de un sortilegio, hicieron por casar á su hija con el valiente Sigurd, comprometido con la celosa Brinhilda. Los wikins asesinan á Sigurd, muriendo después ellos.

Para más pormenores véanse las *Leyendas escandinavas*.

RETRATO DE NIÑO

Muy bonito retrato y muy bien presentado el niño

EL BOSQUE

Magnífico bosque, como cualquier persona de gusto desearía tener uno cerca de su casa para darse de vez en cuando un paseito por él. Fíjese la atención en lo bien estudiados que están los árboles.

EL GIRASOL Y EL FRESAL

Un girasol
se daba mucho charol

y despreciaba en gran manera á sus vecinos, entre los cuales había un fresal. Pero sucedió que hubo mucha sequía, y el jardinero prefirió, con mucho, regar el fresal que no el girasol, que se murió. Y muy bien que hizo el jardinero, pues al fin y al cabo la fresa sirve de algo (especialmente tratándose de *fresólatras* como yo), mientras que el girasol no sé que sirva para nada, fuera de que *viste* un poco los jardines.

Ayuntamiento de Madrid

CUANDO NO ESTÁ EL GATO, LOS RATONES BAILAN

Fuése el principal. El aprendiz saqueó el cajón para comprar un billete de la lotería, y no hay que decir que no salió el número. Si el principal no se hubiese marchado no hubiera sucedido aquello.



El girasol y el fresal

CUENTOS RUSOS

EL FLAUTISTA EN EL INFIERNO

ERASE un labrador que tenía tres hijos. Vivía cómodamente porque ganaba mucho dinero, tanto que pudo llenar dos tinajas, una de las cuales enterró en un rincón del huerto y la otra debajo de la puerta de la granja.

Ahora bien: el labrador murió sin decir una palabra á nadie sobre su tesoro. Cierta día celebrábase una fiesta en el pueblo, y un flautista estaba en camino para tomar parte en ella, cuando de pronto se hundió en la tierra y fué á caer en el infierno, precisamente donde el rico labrador era atormentado.

—¡Hola, buen amigo!—exclamó el flautista.

—Mal viento te ha traído aquí,—contestó el otro;—esto es el infierno.

—¿Y cómo os halláis aquí?

—Por causa del dinero. Yo tenía mucho: nunca di nada á los pobres, y enterré dos tinajas llenas de oro; pero en castigo me atormentaron, destrozando mi cuerpo con tenazas y garfios.

—¿Y qué haré yo?—exclamó el flautista.—Tal vez me quieran atormentar á mí también.

—Si vas y te sientas sobre la estufa, detrás del cañón, y no comes nada durante tres años, te verás libre.

El flautista se ocultó detrás del cañón de la estufa, y poco después, llegando los demonios, comenzaron á martirizar al labrador, diciéndole al mismo tiempo:

—Toma, toma, tú, el hombre rico que enterraba las tinajas llenas de oro, pensando que estarían bastante ocultas para que nosotros no las viésemos; pero nosotros estamos en todas partes y nada se nos escapa.

Tan pronto como se habían ido los demonios, el labrador dijo al flautista:

—Si consigues salir de aquí, di á mis hijos que desentierren el dinero: una tinaja está sepultada debajo de la puerta y la otra en un ángulo del huerto. Cuando las hayan encontrado que distribuyan el contenido entre los pobres.

Al poco rato volvieron los demonios y preguntaron al labrador:

—¿Qué tienes aquí que huele á ruso?

—Es que vosotros habéis estado en Rusia y conserváis el olor del país,—repuso el labrador.

—¿Cómo puede ser eso?—replicaron.—No nos engañarás.

Y comenzaron á buscar por todas partes, hasta que, dando con el hombre oculto, exclamaron:

—¡Hola! ¡Hola! Aquí tenemos un flautista.

Y, sacándole del rincón, obligáronle á tocar la flauta, sin dejarle descansar, durante tres años, aunque á él le parecieron sólo tres días. Entonces se levantó cansado y dijo:

—¡Esto sí que es un milagro! Después de tocar una sola noche solía encontrar antes mi flauta descompuesta; pero esta vez he tocado tres noches sin canso y veo que en nada se ha resentido. ¡Que el Señor me otorgue su bendición!

Apenas hubo pronunciado estas palabras, todas las llaves de la flauta saltaron.

—¡Muy bien!—exclamó el músico.—Ahora podéis ver, hermanos, por vuestros propios ojos, que no es posible tocar más.

—Espera un poco,—dijo uno de los demonios;—yo tengo otras llaves nuevas y te las traeré.



Cuando no está el gato, los ratones ballan

Así diciendo, corrió á buscarlas, y poco después se las presentó al músico, el cual murmuró al tomarlas:

—¡El Señor me conceda su bendición!

En el mismo instante rompiéronse las llaves.

—Ya lo veis, hermanos,—dijo el músico;—vuestras llaves no sirven; pero yo tengo algunas en casa, y con vuestro permiso iré á buscarlas.

Los demonios no querían dejarle marchar, alegando que no volvería.

—Pues, si no confiáis en mí,—repuso el músico,—que me acompañe uno de vosotros.

Ayuntamiento de Madrid

Los demonios eligieron uno de los suyos para acompañar al músico, y éste volvió al pueblo en el momento en que, según le dijeron, celebrábase una boda en la cabaña más lejana.

—Vamos allá,—dijo á su acompañante.

—No hay inconveniente,—contestó el extraño guardián.

Entraron en la cabaña, y, como todos reconociesen al músico, gritaron á una:

—¿Dónde habéis estado oculto estos tres años?

—En el otro mundo,—contestó.

El músico y su acompañante tomaron asiento; pero no tardó el segundo en decir que ya era tiempo de marcharse.

—Esperemos un poco más,—repuso el músico.—Quiero tocar un poco y alegrar esta gente.

Así pasó el tiempo, hasta que al fin se oyó el canto del gallo, en cuyo momento el demonio desapareció.

Entonces el músico comenzó á conversar con los hijos del rico labrador difunto, y díjoles entre otras cosas:

—Vuestro padre os ordena desenterrar el dinero. Una tinaja está sepultada debajo de la puerta de la granja y la otra en un ángulo del huerto. Cuando las tengáis, debéis distribuir entre los pobres todo lo que contienen.

Los hijos del difunto practicaron excavaciones, y, descubiertas las tinajas, distribuyeron el dinero como lo había indicado su padre; pero cuanto más daban, más iba en aumento. Entonces llevaron las tinajas á un camino, permitiendo á todos los que pasasen por allí tomar tantas monedas como pudiesen coger con una mano. A pesar de esto, el dinero no se acababa, y en su consecuencia presentaron una petición al rey para que ordenase lo que se debía hacer. En aquel tiempo había una ciudad á la que no se podía llegar sin un gran rodeo. Tenía unas cincuenta verstas de largo, y si se hubiera construido en línea recta habría quedado reducido á cinco. El rey ordenó, pues, que se construyera un puente de cinco verstas de longitud, y con esta obra se gastó, al fin, todo el dinero de las tinajas.

En aquella época cierta mujer que tenía un niño lo abandonó en su infancia. La pobre criatura no comió ni bebió en tres años; pero un ángel del Señor le protegía. Este niño llegó un día al puente y oyósele exclamar:

—¡Ah! ¡Qué puente tan magnífico! ¡Dios conceda el reino de los cielos al que costeó esta obra!

El Señor oyó aquella invocación y ordenó á sus ángeles sacar de las profundidades del infierno al rico labrador.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.— Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 33, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. — NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración de España, plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA